

ÓSCAR COELLO

**“LA PEREGRINACIÓN DE BARTOLOMÉ
LORENZO (LIMA, 1586): RELATO ARTÍSTICO
Y RELATO DE VERDADES”**

**“PILGRIMAGE OF BARTHOLOMÉ LORENZO
(LIMA, 1586): ART NARRATION AND STORY
TELLING OF THE TRUTH”**

**“LA PEREGRINACIÓN DE BARTOLOMÉ
LORENZO (LIMA, 1586): RÉCIT ARTISTIQUE
ET RÉCIT DE FAITS VÉRITABLES”**

Resumen

El presente artículo estudia el libro, la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo antes de entrar en la Compañía*, del padre jesuita Joseph de Acosta, escrito en 1586, en su configuración de obra literaria; apartándose de las lecturas que lo aceptan como una biografía puntual o como un relato de verdades. Nuestra lectura convoca diversas categorías vigentes de la teoría literaria y de la teoría de la ficción.

Palabras clave: Joseph Acosta; Bartolomé Lorenzo; historia; ficción.

Abstract

This article studies the book, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo antes de entrar en la Compañía* (Pilgrimage of Bartolomé Lorenzo before entering the Society of Jesus),

by the Jesuit Father Joseph de Acosta, written in 1586, as a literary work, moving away from the narrow focus on it as a detailed biography or as a narrative of truths. Our reading summons various existing categories of the literary theory and the theory of fiction.

Key words: Joseph Acosta; Bartolomé Lorenzo; history; fiction.

Résumé

Cet article est l'étude, en tant qu'œuvre littéraire, de l'ouvrage *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo antes de entrar en la Compañía* (*Le pèlerinage de Bartolomé Lorenzo avant d'entrer dans la Compagnie*), du prêtre jésuite Joseph de Acosta, écrit en 1586. Nous nous écartons ici des lectures qui l'acceptent comme une biographie ponctuelle ou comme un récit de faits véritables. Notre lecture convoque diverses catégories en vigueur dans la théorie littéraire et la théorie de la fiction.

Mots clés: Joseph Acosta; Bartolomé Lorenzo; histoire; fiction.

Joseph de Acosta y la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*

El padre jesuita Joseph de Acosta —la pluma eminente de las letras iberoamericanas del siglo XVI, cuyas obras doctas y serísimas sirvieron de fuente estimada, entre muchos otros, por ejemplo al Inca Garcilaso de la Vega— escribió un libro, en 1586, la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo antes de entrar en la Compañía*,¹ que transgrede los linderos de la puntual historiografía y se despliega y solaza en la recreación artística de un mundo desbordado por su naturaleza y lejanía. Un libro que se complace en la descripción del universo acabado de encontrar, y en donde el prodigio se entrecruza a cada paso con la realidad.

1 Acosta, José de-: *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*. [1586]. Edición y prólogo de José Juan Arrom. Lima: Ediciones Copé, 1982.

Bartolomé Lorenzo es un joven portugués que sale huido de su patria por problemas con la justicia y se embarca hacia América en pos de la salvación; pero, no bien parte, su nao es arrastrada por un temporal hacia las Canarias y es luego abandonado en la playa por el capitán del navío; que no lo espera, por aprovechar el buen tiempo. En un pequeño batel, Bartolomé Lorenzo persigue la nao de la esperanza y la alcanza. Se trata de un barco que se dedicaba a comprar negros africanos en Cabo Verde (unas islas frente al Senegal) para cambiarlos por cueros en la Isla Española (la actual República Dominicana y Haití). En Cabo Verde, Bartolomé Lorenzo adquiere una enfermedad tropical que lo pone al borde de la muerte, pero es curado por una mujer incógnita que se le aparece y le da una alcarraza (un cántaro) muy grande de agua para que bebiera «hasta más no poder»² y, entonces, se produce la sanación.

A partir de aquí, el relato se encadena en una suerte de indesligable secuencia de sucesos mágicos y maravillosos y reales en donde, al final, percibimos con intensidad deleitosa el mundo ignoto e inabarcable de las Indias recién descubiertas y sorprendentes del siglo XVI. En el libro se describen los viajes por mar en barquichuelos que son el juguete de los temporales y de los naufragios; están los caminos de la tierra, por donde a cada paso surge el peligro y amanece de pronto el paisaje laberíntico. Está el hombre europeo colonizando lo nunca visto. Pero, como ningún otro, este relato muestra a ese hombre caído y elevado en toda su dimensión de sujeto irredento en el Paraíso Terrenal del Nuevo Mundo. No hay un relato más vivo, de los producidos en esta época, donde se haya logrado presentar, en un coloquio tan íntimo y tan placentero, el drama del ser y de la naturaleza del hombre cotidiano que llegó para habitar estas tierras para siempre.

2 Los entrecorridos de este artículo provienen de la edición de Lima, 1982.

Bartolomé Lorenzo, en su ruta a La Española se encuentra con las naves de los «franceses, luteranos y piratas», enemigos de su fe, quienes de muy malvados empujan a los católicos al mar para que se ahoguen, pero él se salva. Ya en la isla, se enferma muchas veces y se cura, como siempre, de milagro; en los caminos de tierra se encuentra con negros cimarrones que le roban todo lo que lleva. O con toros salvajes a los que lidia y mata a pesar de su débil naturaleza. Una vez, «se recostó sobre un gran tronco de árbol que estaba atravesado, y después reconoció que era una grandísima culebra» americana.

En el breve libro está también el drama intelectual y moral de los conquistadores que hacen entradas de indios a las que Bartolomé Lorenzo se opone «fuertemente diciendo que él no había de ir a quitar a nadie su libertad, y que aquellos indios contra quien se encaminaba esa jornada no le habían a él ofendido para que los fuese a guerrear». Está retratado el indio anónimo que vive en la clandestinidad: «Estaba allí había más de veinte años un indio muy viejo, solo, sin humana criatura, el cual en años pasados, huyendo de la opresión y malos tratamientos de los españoles, escogió esconderse en aquellos montes, donde jamás pudiera ser hallado»; y que, sin embargo, Bartolomé Lorenzo encuentra y fraterniza, mientras él también se halla perdido en la inmensidad del suelo americano en su intento por llegar al Perú.

Porque el libro trata de eso, del inabarcable Nuevo Mundo donde es frecuente el extravío:

A la salida del valle había una alta sierra, y subiendo a ella Lorenzo, y pretendiendo pasarla, fue entrando en una montaña muy cerrada y estrecha que, al cabo de un trecho, vino a perder el cielo de vista, y la tierra también, porque la grandeza de los árboles y espesura de las matas poco ni mucho le dejaban

descubrir campo ni suelo; anduvo de esta manera de árbol en árbol y de mata en mata, como media legua sin ver sol ni tierra.³

Y donde a cada paso espera el peligro: «A este árbol subió como pudo [...] allí pensó Lorenzo sentarse y descansar de su trabajo [...] cuando vio una fiera y disforme culebra enroscada, durmiendo, que tenía allí su nido. Fue terrible el espanto [...] que si le sentía aquella bestia, le había de hacer mil pedazos».

Y, por supuesto, el libro no deja de mostrar lo que el ávido lector europeo anhela oír de las riquezas del Nuevo Mundo, que yacen a ras de suelo:

[...] tornó a descubrir el río que dejo referido, y en él vio unas como pedrezuelas que relumbraban maravillosamente y no conociendo lo que eran (aunque a él se le daba poco cualquier riqueza temporal), todavía quiso ver qué cosa era, y guardó algunas de extraña hermosura y lustre; unas eran muy coloradas y otras muy blancas; algunos que después las vieron, dijeron que eran rubíes y diamantes...⁴

Muchas cosas más atesora este relato breve y fascinante del padre Acosta que inaugura entre nosotros el género literario de la biografía histórica ficcionalizada.

La obra fue publicada por primera vez en 1666, como una biografía verídica, en el libro *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, del P. Alonso de Andrade SJ. Con posterioridad se hicieron otras ediciones; pero la edición modernizada donde se da cuenta de ella ya como una obra de ficción corresponde a José Juan Arrom, con prólogo del profesor sanmarquino Antonio Cornejo Polar, y fue hecha en Lima en 1982. La obra ha atravesado por la incerti-

3 Acosta, José de-, *ibíd.*, p. 40.

4 *Ibíd.*, p. 42.

dumbre de la demarcación genérica y teórica, desde aquella vez hasta el presente. Cornejo la había llamado novela; y allí mismo Arrom oscilaba en proponerla como una biografía novelada y, al mismo tiempo, como una novela de aventuras. Tales denominaciones fueron refutadas oportunamente por sendos estudiosos; e, inclusive, descalificada como una obra de ficción.

Historia y literatura

De hecho, para estas épocas la historia seguía siendo un arte, un género literario; y los linderos entre un texto histórico y un texto literario eran transpuestos con cierta naturalidad y frecuencia por la pluma de nuestros primeros escritores. Dicho de otro modo, la tarea de simbolizar la nueva realidad descubierta provocó en nuestros primeros escritores castellanos la necesidad urgente de asimilar recursos expresivos que ya venían desarrollados desde la Antigüedad Clásica; y se trató de representar el asombro del Nuevo Mundo, desconocido hasta entonces, principalmente, con el relato de corte histórico; aunque este devino rápidamente entremezclado de elementos ficcionales, difíciles de deslindar para el lector europeo, ávido de maravillas y lejano del escenario, al cual iban dirigidos estos textos.

La labor de explicar este proceso inédito de la representación del Mundo Nuevo, en los estudios de crítica posteriores, ha sido fatigosa; casi siempre equívoca: se tomaron impensablemente estos discursos como fuentes de verdades a partir de los cuales se podían levantar conclusiones válidas que dieran cuenta de la inmensidad del fenómeno del descubrimiento, conquista e inmediata colonización. Los nuevos procedimientos de lectura, ahora, están ayudando a hacer el deslinde.

Así, pues, es de primera necesidad la búsqueda y el análisis de documentos que muestren, de modo fehaciente, cómo el escritor apela disimuladamente o no a la ficción; para volverlos a auscultar, de forma tal que permitan elucidar mejor el fenómeno de la primera creación literaria en nuestra patria e impidan interpretaciones necias o interesadas de estos textos fundacionales de las letras del Perú, en particular; y de América, en general.

Y, accesoriamente, que permitan entender mejor cómo el primer movimiento del mestizaje ocurre específicamente en el plano de la creación ficcional con estos relatos novísimos; surgidos a partir del acontecer en la nueva tierra, pero pensados y redactados en lengua castellana para un público, en primer lugar, europeo, acostumbrado a libros de viajes poblados de amazonas y gigantes. La *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, de Joseph de Acosta es un texto, sin duda, muy apropiado para realizar este tipo de avances.

Esta obra de Joseph de Acosta, además, agrega a su importancia textual el hecho de provenir de una pluma sabia y docta que propuso al mundo de Occidente una interpretación filosófica y racional de la naturaleza, los hechos y la gente de los universos recién descubiertos; y que, por tal razón, fue tenido por siglos como un autor ajeno a las fantasías y dueño de un discurso de verdades referidas. Joseph de Acosta presentó la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo* como un texto biográfico puntual, exento de fantasías. Pero ello —lo diré más adelante— no es así.

Relato ficcional y relato de verdades

Entendemos por relato referencial el relato de verdades. El relato histórico (ahora lo miramos así) es un relato referencial en tanto

que se ajusta a los seres y a los hechos de la realidad; en él no interviene el escritor para manipular ninguna de las instancias de la transmisión.

En cambio, el relato ficcional es aquel donde el escritor manipula los hechos y los seres de la realidad buscando instaurar un mundo posible, pero no necesariamente verdadero; verosímil pero no falseable. Es decir, un universo no obligatoriamente cierto, pero tampoco urgido de verificación o comprobación. La ficción es libre de tales ataduras; simplemente, la ficción se acepta como ficción.

Naturalmente, los problemas para hacer el deslinde entre un relato de verdades y un relato ficcional se tornan angustiosos cuando el escritor es hábil en el arte de la manipulación del discurso. Así, cuando vemos que el relato comienza a poblarse de descripciones imposibles de ser verificadas; cuando el escritor reproduce diálogos secretos de lugares donde nunca estuvo para oírlos o en donde no le fue posible tomar nota puntual de ellos o grabarlos para reproducirlos con la exactitud que pretende; cuando se interna en la mente humana para darnos cuenta de los pensamientos o los sentimientos de un personaje —patrimonio estos del alma, y, por tanto, imposibles de ser conocidos desde fuera—, etc.; cuando algo así comienza a suceder en el texto, colegimos entonces, que estamos asistiendo a la transgresión (a veces, irreversible) de los linderos que separan el relato referencial del relato ficcional.

Pero en muchas ocasiones esto sucede, repito, sin que advirtamos el embuste, gracias a la habilidad del escritor. (El embuste —artístico, se entiende— no tiene ninguna connotación malsana). Muchas veces, suponemos estar leyendo un texto histórico, es decir, un texto de verdades, sin darnos cuenta de que el historiador, de pronto, ha comenzado a ficcionalizar el discurso,

a emplear procedimientos vedados a toda comprobación, a entremezclar datos imposibles de ser copiados del plano de las certezas. No siempre la historia ha sido un discurso de verdades. Muchas veces el relato histórico, oído o leído, ha sido un buen relato ficcional perfectamente camuflado por un historiador imaginativo. Y ello ha ocurrido en todas las épocas. Desde la Antigüedad Clásica hasta nuestros días.

Cuando nuestros primeros escritores castellanos iniciaron la descripción del Mundo Nuevo, allá a finales del siglo XV, apelaron a diversos procedimientos contaminantes, es decir, que bien pronto ficcionalizaron el discurso histórico; y terminaron enhebrando el relato literario en el relato de verdades. Nunca podremos decir con verdad si no se dieron cuenta o si lo hicieron a propósito. A lo largo del siglo XVI y de los siglos siguientes, nuestros primeros escritores —no todos, es cierto— entremezclaron la realidad con la fantasía, la verdad histórica con la creación imaginativa. Tampoco es fácil establecer las medidas. El punto preciso del cruce de los linderos de la realidad y de la ficción no siempre ha quedado claro para los inmediatos o posteriores destinatarios del discurso colonial. Muchas veces estos han tomado sin más el relato ficcional como si estuvieran trabajando con el puro relato de verdades. El texto del Becerrillo, el perro traga indios que nos muestra el P. de Las Casas en su *Historia de las Indias*⁵ es un cuento, no es historia. Es ficción se le mire por donde se le mire (por lo demás, era un relato que circulaba de boca en boca y fue recogido también por otros autores). Por tanto, no nos está permitido levantar juicios valederos a partir de él, como no sean los que se puedan levantar a partir de un cuento de Borges.

5 De las Casas, Fray Bartolomé: *Historia de las Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1961, tomo XCVI, p. 138.

El caso de la *Peregrinación*

Sobre la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, del P. Joseph de Acosta, quisiéramos trazar la siguiente conjetura: siendo como lo es el P. Acosta un respetado historiador de Indias —y del Perú en especial— podemos decir que, en este caso concreto de la *Peregrinación*, el texto escapa a toda consideración de ser un relato de verdades comprobables. Creemos que es un relato propuesto como un texto de verdades, pero imaginado y nacido de la manipulación de los datos ciertos. Y que no estaría muy lejos de cumplir con los rasgos distintivos de una biografía ficcional historizada.

Para que se instaure un texto de esta naturaleza es necesario, según Schaeffer⁶, que se cumplan los siguientes requisitos o «medios desplegados por el autor para maximizar la fuerza de convicción de su ficción» y que, al mismo tiempo, contribuyan a «la invisibilidad del estatus ficcional de la obra»⁷. Estos requisitos son: el contexto autoral, el paratexto, la mimesis formal y la contaminación del universo histórico (referencial) por el universo ficcional. Veamos si se cumplen estos requisitos en la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, del P. Joseph de Acosta.

Primero examinemos el *contexto autoral*. Según este requisito, el autor dedicado al trazo de obras referenciales deja correr la inercia de la percepción de sus lectores o de los conocedores de su trabajo para que no adviertan el quehacer esta vez distinto de la obra ficcional. En efecto, Joseph Acosta gozaba de un prestigio previo de autor más bien científico (historiador, etnólogo, filósofo, teólogo, etc.; en los alcances de su época, por supuesto). Además,

6 Schaeffer, Jean-Marie: *¿Por qué la ficción?* Traducción de José Luis Sánchez-Silva. Madrid: Lengua de Trapo SL, 2002.

7 *Ibíd.*, p. 119

no se esperaba de él un desborde ficcional cuando el texto estaba expresamente ofrecido por el autor como una *relación* cierta, no sujeta a mayor desmentido.

Ahora miremos el *paratexto*. En los datos que acompañan al relato en sí, suele desplegar el escritor una estrategia de fingimiento que conduce a la recepción equívoca del texto. En efecto, en este caso contamos con un prólogo —así lo llamaríamos hoy—, que es una carta o dedicatoria dirigida al preposito de los jesuitas que está en Roma; es decir, ni más ni menos, que al padre general, Claudio Acquaviva, el quinto sucesor de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. En esa carta el escritor presenta a un personaje cuya vida va a relatar como una peregrinación. Los datos que ofrece, sin embargo, de su vida cierta son casi inasibles en el propio texto de su declaración. No hay —no da— señales precisas para la identificación histórica o real del personaje, como no sea la indicación de que de él casi nadie sabe. En efecto, Bartolomé Lorenzo, es un oscuro hermano (no sacerdote) de quien afirma el escritor, es un hombre de «silencio y perpetuo trabajar», que no ha contado su vida a nadie, sino únicamente al autor, cuando este, valiéndose de su cargo de provincial o superior de la provincia del Perú, dice: «le apercibí que deseaba me contase su vida» y «por obedecer al Superior, me fue refiriendo algunos días su peregrinación, y yo apuntándola brevemente. De estos apuntamientos hice la relación que se sigue». Dios me libre de dudar de la palabra del P. Acosta, pero mientras no tengamos otros datos, la vida cierta de este Bartolomé Lorenzo queda por comprobarse como real o no. Y aunque se comprobara su existencia, quedaría aún en pie la indagación de la historicidad o fidelidad de los dichos del personaje ahora recontados por el narrador. Es difícil no admitir en la configuración del relato

recibido una tarea de manipulación ficcional (tomamos el término *manipulación* como en Semiótica, sin ningún sesgo peyorativo⁸). Contemplemos, por ejemplo, que en el relato se cuestiona la validez de la obra conquistadora, por el supuesto decir del propio protagonista, tal como hemos apuntado al presentar la obra (Bartolomé Lorenzo se opone «fuertemente diciendo que él no había de ir a quitar a nadie su libertad, y que aquellos indios contra quien se encaminaba esa jornada no le habían a él ofendido para que los fuese a guerrear»). El acto supone una opción por los indígenas, aunque moderada, como observa Del Pino⁹, pero no menos difícil de sobrellevar en la época. La *relación* —así la llama el jesuita Acosta— está fechada en mayo de 1586. Fue publicada casi un siglo después como una auténtica biografía, ya al amparo del prestigio bien ganado de historiador del P. Joseph de Acosta. Los cuestionamientos acerca de su veracidad o ficcionalidad han venido recién en el siglo XX, y solo a partir del examen del texto.

Miremos ahora la *mímesis formal* del relato. Según este requisito el escritor acude a ciertos «rasgos miméticos propiamente narrativos»¹⁰ que tienden a «producir la apariencia perfecta de una biografía real»¹¹. En primer lugar, esto se advierte cuando el escritor asume una postura enunciativa de franco biógrafo. Deja de lado —cómo no— el uso del *yo narrador*, para alejar la impresión en el lector de que se trata de un evidente *yo ficcional*. A cambio, ofrece una narración en tercera persona destinada a objetivar el discurso: no yo, él. Al mismo tiempo, el narrador se aleja de toda marca de

8 Courtés, Joseph: *Análisis semiótico del discurso*. Madrid: Gredos, 1997, p. 158.

9 Del Pino, Fermín: «Estudio introductorio». En: José de Acosta: *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, pp. XXXI-XXXII.

10 Schaeffer, óp. cit., p. 122.

11 Ídem.

focalización interna. Aun así, pese a sus esfuerzos, creemos que el relato del P. Acosta no logra estar exento de miradas omniscientes al interior de la conciencia del personaje. En general, la táctica usada es «ficcionalizar lo menos posible a las personas históricas, para que sean ellas las que atraigan a los personajes de ficción a su órbita y no al revés»¹². Y, colegimos también, que lo mismo sucede con los espacios y la temporalidad. El escritor, en este caso, nos muestra personas o seres de la realidad, pero apenas verificables por su oscuridad existencial. Por ello, el relato discurre por lugares poco conocidos; por tiempos inciertos, pero acaso posibles. Las aparentes personas históricas no son fáciles de seguir en el ruterio de la realidad, por lo que tampoco dejan apariencias o marcas que identifiquen o descubran el complicado engaño ficcional.

Finalmente, nos referiremos a *la contaminación del mundo histórico por el mundo ficcional*. Según este requisito, se trata de introducir un mínimo de «elementos inventados (personajes y acciones) en un universo globalmente referencial»¹³. Esto quiere decir, que a la inversa de, por ejemplo, la novela realista donde los seres históricos se muestran evidentemente ficcionalizados (Napoleón es pintado durante su aseo matutino, tal como lo explicaba Kate Hamburger¹⁴), en textos como este, los seres inventados circulan camuflados en una realidad que casi no nos atreveríamos a negar, a menos que agudicemos el análisis. Así, Bartolomé Lorenzo, el ser ficcional, atraviesa por caminos posibles, por ciudades ciertas y trata con personas que «pertenecen a la clase ontológica de las personas históricas»¹⁵. No son ni Sócrates o Napoleón —personas históri-

12 *Ibíd.*, p. 123.

13 *Ibíd.*, p. 124.

14 Hamburger, Kate: *La lógica de la literatura*. Madrid: Visor, 1995, p. 83.

15 Schaeffer, óp. cit., p. 124.

cas— pintados bebiendo ahora una copa o conversando animados con su gente respectiva, en una recreación ficcional; se trata, más bien, de un ser inventado —Bartolomé Lorenzo— cubierto de austera realidad por todos los flancos. Todo ello, bajo la palabra inobjetable de un hombre serio: el ilustre P. Joseph de Acosta S J.

Lo hasta aquí dicho es solo un camino de búsqueda; no reclamamos una llegada. Nada sobrepasa los alcances (los débiles linderos) de una propuesta de lectura. Y, menos, pretendemos que estas equivocaciones sean la única lectura posible y la correcta. Al huir de las posturas cerriles, repetiremos con el viejo Greimás, que solo hemos trabajado con seres de papel.

Bibliografía

- ACOSTA, José de. *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*. [1586]. Edición y prólogo de José Juan Arrom. Lima: Ediciones Copé, 1982.
- DE LAS CASAS, Fray Bartolomé. *Historia de las Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1961, tomo XCVI.
- SCHAEFFER, Jean-Marie. *¿Por qué la ficción?* Traducción de José Luis Sánchez-Silva. Madrid: Lengua de Trapo SL, 2002.
- COURTÉS, Joseph. *Análisis semiótico del discurso*. Madrid: Gredos, 1997.
- DEL PINO, Fermín. «Estudio introductorio». En: José de Acosta: *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.
- HAMBURGER, Kate. *La lógica de la literatura*. Madrid: Visor, 1995.

Correspondencia:

Óscar Coello

Docente del Departamento Académico de Literatura de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico: ocoello@oscarcoello.com